

CAMUS PRIMERO Y ULTIMO

UN libro juvenil, escrito a los 22 años, olvidado una vez que Bodas conso- lidó su estilo, recuperado por la exce- siva luz del premio Nobel, eso es **El revés y el derecho**. (1) cuya reedición autorizó Camus con un largo prólogo biográfico.

Un curioso libro al que ahora presta interés la fama que su autor obtuvo con otros libros, que no disimula sus debilidades, pero en el cual encontra- mos algo que justifica estas palabras de Camus: "Si, a pesar de tantos es- fuerzos por construir un lenguaje y hacer vivir mitos, no consigo algún día reescribir **El revés y el derecho**, nunca habré llegado a nada". Porque si en ese libro no encontramos una expre- sión literaria cabal, traduce en cambio un estado espiritual —espontáneo, con- fusio; ardiente— que sitúa a su autor, y al mundo en que ha de moverse su obra mayor. Tiene la singular virtud de los primeros libros de los escritores de talento; ponernos en presencia directa de sus vivencias esenciales, aún no do- mesticadas por la literatura, padecidas en un alto grado de inconformismo dra- mático, y mostrarnos la difícil acomoda- ción hombre-mundo.

El revés y el derecho son los del mundo, y el librito testimonia el modo original en que un escritor —un alma templada— lo descubre hondamente, rompiendo con la visión más estereo- tipada que ya había sido establecida por sus contemporáneos o por otras escuelas literarias. Incluso en las for- mas hay aquí un rompimiento: no se puede hablar de cuentos, sino más bien de "contemplaciones", y si la implícita alusión a Rimbaud que hay en la pala- bra no fuera demasiado agobiante, se podría hablar de "iluminaciones". Por- que, en efecto, las cinco prosas que lo integran son otros tantos hitos de un proceso de resquebrajamiento de la apariencia del mundo con súbitas y do- lorosas intuiciones acerca de su secreto funcionamiento, las que se resuelven en una última visión ardorosa de un mundo dicotómico que se quiere abra- zar en su totalidad.

Hay un camino primero para llegar a estas experiencias: el de la ajénidad. Hay que comenzar por romper la cá- cara gastada de la apariencia cotidiana y ser un "extranjero" en el mundo: es el que vive en ciudades desconocidas (en Praga, en Italia, en Palma) hacien- do la experiencia dura del viaje "que quiebra en nosotros una especie de de- corado interior" porque "ya no es po- sible hacer trampas, enmascararse de- trás de las horas de oficina y de taller"; o es la anciana que, como la familia la ha olvidado, se sabe de sobra en el mundo; o es el emigrante que vuelve para encontrarse desprendido de su vida anterior; o es, por último, el alma enamorada de la muerte, porque "al sentirnos el alma enferma, damos a cada ser, a cada objeto, su valor de milagro", y en estas palabras discerni- mos un eco de la meditación existen- cial de Unamuno.

Al cabo de este camino, Camus des- cubre la doble y poderosa atracción: la de la vida y la de la muerte. En un cafetín de Palma, descubre "la ima- gen innoble y exaltadora de la vida", en una muchacha de 21 años que es una montaña de carne puesta a bailar "como una diosa inmunda saliendo de las aguas". ¿Cómo no percibir en sus palabras la mezcla de horror y de de- seo que la contemplación de lo vital produce en un ser enfermo? ¿Cómo no entender que llegue a sospechar de que "no hay ansia de vivir sin deses- peración de vivir"? Recorriendo las **Mérras del Mediterráneo** ardidas por el sol, le suena de ley esa palabra espa- ñola: "nada", y en una visión casi bár- bara no siente que el mundo está hecho a la medida del hombre sino que el mundo se cierra sobre el hombre.

En la mujer que emplea su herencia



en adquirir una tumba de la que se enamora, halla ese otro poderoso ins- tinto, el de la muerte, que es el legiti- mo y necesario reverso del mundo. Ve que esas fuerzas se entrelazan, se articulan como las partes de un sólo árbol, y no son las sencillas antítesis que muchos antes que él manejaron. Ese es el absurdo del mundo, porque aquí no se trata del bien y del mal, de lo positivo y lo negativo, sino de una compleja imbricación de energías y apetencias de la cual resulta esto que llamamos mundo.

Ante él se puede adoptar una actitud intelectual y lógica: separar, amputar, seleccionar y tomar una sola parte. Pero no es esa la que asume Camus, quien intentará abarcarlo todo partici- pando amorosamente de ese absurdo: "Entre este derecho y este revés del mundo, no quiero elegir, no me gusta que se elija". Porque lo que intenta es ser, desde el comienzo, totalmente sin- cero y auténtico, "¿y cuándo, pues, soy más verdadero que cuando soy el mundo?". De este modo podemos poner un signo de igual entre estas dos pro- posiciones: "desentrañar la verdad" y "ser el mundo", y el esfuerzo para al- canzar la vigencia plena de esa igual- dad es lo que marca el afán creador de Camus desde esta obra en adelante.

Pero aún hay otro término de este proceso, aquél mediante el cual el adentramiento en ese mundo total es un adentramiento en sí mismo. Curiosa ambigüedad que también ha de orien- tar la creación espiritual de Camus y que podría explicar la rápida ambiva- lencia de muchas de sus ideas: "Y si procuro comprender y saborear ese de- licado sabor que revela el secreto del mundo, es a mí mismo a quien encuen- tro en el fondo del universo. Yo mismo, es decir, esta emoción que me libera de toda decoración". Quizás sospeche Camus que lo que encuentra en sí mis- mo es una esencialidad de lo humano, y eso explicaría esta admirable y sor- prendente frase: "Yo también me pa- seo, pero el que me acaricia es un dios".

Cuando veintitantos años después Camus relea su libro, hace esa com- probación que no por repetida es me- nos pasmosa: la fidelidad a un senti- miento interior que nos rige desde muy atrás, y que él expresa en la imagen de la fuente única que sigue alimen- tando una vida a través de los años. "La fuente mía está en **El revés y el derecho**, en ese mundo de pobreza y luz en el que viví largo tiempo o cuyo recuerdo me protege aún de los dos peligros contrarios que amenazan a todo artista: el resentimiento y la sa- tisfacción". Es verdad. Al terminar la lectura de este brevísimo libro lo que se siente súbitamente es que aquí hay un escritor de verdad, en esta coheren- te e intensa visión de lo real, en este estremecimiento deslumbrado con que un joven está viviendo y tratando de entender al mundo por primera vez, padeciéndolo y abriéndose paso dentro de él. Y el resto, en el que pueden in- cluirse obras mucho más perfectas, sigue siendo "literatura".

Angel Rama

(1) Albert Camus: **El revés y el de- recho y Discurso de Suecia**. Buenos Aires. Editorial Losada. 1958. 120 ps.

Poesías

Por ALEJANDRO PEÑASCO

1

La mañana está aquí,
océano de ramas y de nubes,
claro pulso, inocente
ejercicio del aire,
en el instante mismo en que se
[gasta.

Abre al confin del mundo
—si acaso puerta donde todo gira
con circulante ausencia—,
alegres crecimientos,
descuidadas primicias del olvido.

Pesa en el ruido diurno
apenas un aroma de su otoño,
una breve zozobra,
un relámpago ciego,
y aun se finge árboles seguros.

Apiada su costado,
envía las legiones deslumbrantes
del verde hasta el temblor
de su propio latido,
y al incansable mar se representa.

El mundo está desnudo,
tan ceñido en su fuerza, tan de
[entraña,
que a veces sólo es vuelo,
sólo razón de amor;
el desvalido pie de la ternura.

2

Este inocente tránsito,
este aire menor de lo creado,
esta intocada gracia,
este pulmón de Dios
que nos respira aun antes de pen-
[sarnos,

está en mí, por mí,
desde mí mismo en clave y en razón
del duro crecimiento
de una forma entre olvidos;
desde un ajeno ayer a un nunca
[cierto.

De ocaso, nube o río,
de cuidados pequeños, de fatiga,
en hombre cotidiano
con su pan y su sueño
y su vigilia mineral, de niebla;

más acá de su hora,
del orden sempiterno de los días,
más adentro de todo
lo que fluye y respira,
este sitio de amor donde se espera.

3

Vuelve, Señor, tu día;
vuélvelo en mí su vegetal remanso,
sus círculos de calma,
aquella tu manera
de entrar por mí costado comba-
[tiendo.

Esquivo Paraíso,
apenas sitio en el color del aire;
apenas certidumbre
de olvido, descuidado
contorno del amor y la obediencia.

Este duro destierro
tu faz circunda, crece y multiplica;
ínsula de la pena,
hombre de Adán, ahora,
rondo por las orillas de tu día.

Mi sombra, mi ceniza,
la muerte que reposa en mi fatiga,
me extrañan, me enajenan,
cuando su fruto asoma
la encontradiza rama de mi riesgo.

4

Hay días en que un hombre
solamente es el sitio de su pena;
un ángel de alas rotas
pesa sobre el aliento y extravía
los caminos del aire.

El mar gira en su ausencia y la ma-
[ñana
no se encuentra en el mundo;
la vida se arrepiente y todo calla.

5

Me lastimo de mundo; afuera
nocturno gira el viento.

No está aquí la mañana
en algún sitio el cielo
esconde con fatiga
su manera inocente.

Nada recuerda al día:
el aire olvida pájaros
y hasta el mar se refugia en su
[nombre.

Todo entra en su sombra,
se resigna;
y no alcanzan las manos de los
[ángeles
para contar la muerte.



Reinicia sus clases de
piano

NUMEN VILARIÑO

Arenal Grande 2234, Ap. 7